

Cuento:

Soltar el pasado

En esa jornada, como en tantas otras, Azucena no esperaba la llegada de nuevos clientes. Bastaba con los que asentó en el cuaderno, cuyas tapas resistían estoicamente el paso del tiempo, acumulando polvillo, impresiones digitales y hasta restos de comida.

Faltaban escasos minutos para que la visitara un cliente especial. Un joven, al que lo identificaba como: "el señorito de tenaces caprichos".

¡Cómo no iba a tomar Azucena una copita de licor! Era la única manera de tolerarlo y de paso soportar el desorden de hilos, tijeras y trozos de tela esparcidos sobre la mesa, desde largo tiempo.

Mientras tanto, el penoso ruido que producía el pedal de la máquina de coser se confundía con los gritos de los nietos, que reclamaban desde el patio un poco de vigilancia de la abuela.

Luego de dejar seca la copa en su interior, acomodó la incipiente joroba, que día a día crecía sin pedirle permiso.

El reloj se detuvo en cuanto escuchó el timbre. Llegaba el inflexible cliente. Traía bajo el brazo una camisa vieja, desteñida y con hedor a humedad. De inmediato, tomó una tiza para indicarle a la modista que arreglos pretendía que le hiciera a la prenda.

La mujer respiró hondo. Prefirió contemplar los gestos y las palabras del recién llegado, sentada cómodamente en su silla, tratando de conservar la calma.

El pateo que expresaba la máquina de coser no permitió que la modista escuchara el sonido de un bulto, que pujaba por entrar por debajo de la puerta de entrada al hogar.

Cuando la máquina imploró un pequeño descanso, la modista observó la presencia de un sobre. De él extrajo un folleto a todo color. En su interior, fotos a todo color de muebles para el hogar. Los precios que ofrecía el comercio le parecieron interesantes y mucho más la promoción para jubilados.

Esa noche, le costó conciliar el sueño. Adquirir una máquina de coser estaría a su alcance, siempre y cuando sus ingresos se lo permitieran. Tomó un papel para sacar cuentas. Sin embargo, no tardaría en dejar para la mañana siguiente dichas operaciones y mucho menos en una época infraccionaria.

Mientras terminaba los arreglos que pretendía el señorito pensó en acercarse hasta el comercio.

Al ver los diferentes modelos de maquinas de coser, no lo pensó dos veces. Para su suerte, podía adquirirla y en cómodas cuotas mensuales.

En cuanto la nueva adquisición ingresó al hogar de Azucena, la antigua compañera de costura se sorprendió. No tenía duda. Llegaba para competir con ella.

La vieja y leal compañera de tareas, intuía que le esperaba otro destino. Ni siquiera quiso imaginar cual sería su destino final, para que las lagrimas no le bañaran el rostro.

El único lugar posible podía ser el patio. Allí, podía disfrutar del canto de los pájaros, el aroma de las glicinas y, las travesuras de los niños que se subían a ella, para acaparar la atención que no podía brindarles la abuela.